

COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

- J. Beaujeu-Garnier, *Géographie de la population*, t. I (París, Librairie de Médecis, 1956), 426 p.

Concebida con verdadero espíritu geográfico, esta obra no se limita a un enfoque descriptivo de la población y sus movimientos, sino que ahonda en las razones que explican los cambiantes fenómenos relacionados con la distribución del hombre en la ecumene. Según un plan que la autora anticipa en el primer capítulo, se aborda, en el volumen, la repartición de los seres humanos, la evolución de la misma a lo largo de la historia y, hecho fundamental, la adecuación de las actividades humanas a las posibilidades demográficas y técnicas. Esto último implica el debatido problema de la superpoblación, en el cual se resume el enfrentamiento ecológico de los grupos humanos con la tierra habitada.

Cabe una advertencia sobre el inconveniente representado por la falta de precisiones estadísticas, lo cual no es garantía incluso para la simple evaluación cuantitativa: en 1953 se vacilaba aún entre 450 y 600 millones para el número de habitantes de China. La consideración de estas insuficiencias ocupa el capítulo segundo, desde las causas generales de error hasta el tan conocido desacuerdo sobre lo que debe entenderse por población urbana y rural.

Una visión integral de los problemas ligados a la repartición del hombre en toda la superficie del globo, llena el capítulo tercero, último de la primera parte del tomo. Aquí —a la luz del criterio sentado por Max. Sorre— se acude a un planteo ecológico, que analiza las influencias del medio natural sobre el ser humano, y las reacciones biológicas y psicológicas de éste.

La segunda parte, la más extensa, consiste en el estudio particular de diversos sectores del mundo. Según los puntos de vista ya indicados y teniendo en cuenta las particularidades que exigen una especial aproximación adaptada a los distintos casos, la autora considera Europa occidental y meridional, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelandia y, finalmente, América latina. Presente, pasado y futuro de estas zonas, se interfieren en el intento de una comprensión total de las características que las distinguen.

Quedan aún otras partes del globo para tratar en otro tomo. Sin

duda, ha de continuarse allí el metódico ahondamiento de los problemas; el análisis, si no exhaustivo, al menos acucioso y pleno de abundante información; la geográfica preocupación por concatenar los hechos de superficie que apuntan a la población.

A diferencia de las vacías listas que, en muchos libros, suelen formar un desconectado apéndice, la bibliografía de éste, indicada a pie de página, señala la extensión del esfuerzo y el real aprovechamiento de los títulos. Lo mismo puede decirse de las ilustraciones, oportunas, y de las 27 fotografías, bien seleccionadas.

M. Z.

F. O s b o r n , *Los límites de la Tierra*, Traducción de Francisco Aquino, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1956, 198 p.

Toda la obra gira alrededor del problema de alimentar a una población mundial cada vez mayor, la que, según este autor norteamericano, adquiere proporciones alarmantes. Luego de analizar las posibilidades de distintas regiones del globo llega a conclusiones de carácter pesimista. Sostiene que ya no existen fronteras ni lugares ignotos y que los hombres de los más apartados rincones tienden a un futuro común: "la demanda insatisfecha de lo indispensable para vivir de una población que crece rápidamente".

Para él existe una relación, que debe mantener su equilibrio, entre los recursos de la tierra y la población. Cuando este equilibrio se rompe, todo se derrumba. Ésta, y no otra, es la causa de caídas de civilizaciones, culturas, imperios.

Las que fueran tierras fértiles de las que vivían Babilonia, Egipto, Asiria, asentando su grandeza, hoy están cubiertas por gruesas capas de arena. El mismo Platón se había dado cuenta de que las tierras del Ática habían sufrido una transformación profunda por cuanto los bosques que cubrían las montañas habían desaparecido, los ríos recorrían terrenos estériles, la aridez y la tristeza reemplazaban a los ricos vergeles de sus antepasados; pero él era incapaz de establecer la causa de tal fenómeno. Osborn encuentra la explicación en la devastación sistemática efectuada por el hombre mismo como consecuencia de guerras continuas, de políticas inadecuadas o de natural desgaste de las tierras por el uso intenso que se hizo de ellas.

Refiriéndose a Gran Bretaña, manifiesta que lo que obligó a esta nación a extender sus dominios a través de los mares no fue tan solo la ambición de acumular riquezas, sino, lo que es más grave, asegurarse la alimentación de su población.

A Nueva Zelandia la considera demasiado pequeña para ser un poderoso contribuyente a la alimentación mundial. El Canadá, por su parte, ofrece extensas praderas para ser cultivadas en forma intensa;